

útilmente la lucha que vais á emprender, sino que causarais quizás un mal más grave á la causa que pretendeis defender.

»Debeis precaveros, pues, de este enemigo oculto, rechazad sus peligrosas sugerencias, y, apoyándoos en la piedra inmutable sentada por Jesucristo, llenos de deferencia por vuestro ilustre Pastor, marchad valerosamente contra los enemigos de toda autoridad divina y humana. Dios sostendrá vuestras fuerzas, y os dará la victoria, la que os deseamos de todo corazón.

»Entre tanto, como prenda del favor celestial, y en testimonio de Nuestra paternal solicitud, os concedemos con amor, muy amados hijos, la bendición Apostólica.

»Dado en Roma, en San Pedro, el 9 de junio de 1873, año vigésimo séptimo de Nuestro Pontificado.

«PIO IX, PAPA.»

Tampoco aqui se pronuncia el nombre; pero la cosa salta á la vista: y curioso seria saber de qué anteojos se serviria un jóven católico liberal que no viera á su partido y á los jefes de su partido directamente designados, por no decir fotografiados, en el Breve de Orleans.

V.—BREVE de nuestro Santísimo padre el papa Pio IX dirigido á los redactores del periódico titulado «La Cruz» de Bruselas.

«PIO IX, PAPA.»

»A Nuestros queridos hijos, salud y bendición Apostólica.

»Muy acertadamente haceis notar, queridos hijos, que la turbación del orden religioso y político es ocasionado, alen-

tado y propagado por la apostasia de un gran número, por las transacciones tan frecuentes hoy día entre la verdad y el error, y POR LA PUSILANIMIDAD DE LA MAYOR PARTE; haceis ver que, para rechazar la invasión del desórden, no debe emplearse más arma que la fuerza de la verdad, y que ésta debemos ir á buscarla precisamente donde Cristo estableció la Cátedra de la verdad.

»De modo que, si bien no hemos podido leer vuestro diario, á causa de las muchas ocupaciones que pesan sobre Nos, no por esto dejamos de alabar el propósito que en vuestra carta nos dais á conocer; propósito, segun se nos informa, que llena cumplidamente vuestro diario, á saber: de reproducir, propagar, dar á entender y hacer penetrar en los ánimos todo cuanto la Santa Sede ha enseñado contra las doctrinas culpables, ó contra las doctrinas, por lo ménos, falsas y admitidas en más de un lugar, sobre todo contra el liberalismo católico, que trata de conciliar la luz con las tinieblas y la verdad con el error.

»Sin duda que la tarea que habeis emprendido es tan ruda como difícil, por cuanto esas doctrinas perniciosas, que abren el camino á todos los propósitos de la impiedad, están sostenidas en este momento con grande empeño por cuantos se jactan de favorecer el pretendido progreso de la civilización, y por todos aquellos que, haciendo consistir la Religión en los actos exteriores, careciendo de su verdadero espíritu, hablan siempre y en alta voz de paz, ignorando, como ignoran, la senda que á ella conduce, atrayendo á sí, por este proceder, un número considerable de hombres á quienes seduce el amor egoísta del reposo.

»Os deseamos, pues, en tan graves luchas un auxilio particularmente eficaz, á fin de que, de una parte, no salveis jamás los límites de lo que es verdadero y justo, y de otra, para que logreis disipar las tinieblas que ofuscan sus entendimientos.

»Entre tanto, como presagio del favor divino, y como prenda de Nuestra paternal benevolencia, os concedemos con grande afecto la bendición Apostólica.

»Dado en Roma, en San Pedro, el 21 día de mayo 1874, año vigésimo octavo de Nuestro Pontificado.

«PIO IX, PAPA.»

VI.—BREVE de nuestro Santísimo Padre el papa Pio IX, al ilustrísimo Señor Obispo de Quimper.

«PIO IX, PAPA.

» *Venerable Hermano, salud y bendición apostólica.*

»Así como vemos con la mayor satisfacción multiplicarse en todas partes las asociaciones católicas, indicio seguro del vigor de la fé, é instrumento el más adecuado para avivarla y defenderla; de la misma manera, y por la misma razón, ha sido grande nuestro gozo al recibir la carta de los asociados, que, bajo vuestra presidencia, se han reunido por primera vez en la capital de vuestro Obispado. Es para Nos de feliz augurio, el que el primer acto de esa reunión católica haya tenido por objeto dirigir una protesta de entera y absoluta sumisión á la Santa Sede y á su magisterio infalible. En efecto; si sus miembros no se separan realmente

y en ninguna ocasión, de la enseñanza emanada de la Cátedra de Pedro, y si se apoyan siempre y firmemente en su solidez, no cabe duda que guiados y sostenidos por la fuerza divina de tan saludable conducta, trabajarán segura y eficazmente en favor de la sagrada causa de la Religión. Ciertamente, los enemigos de la Iglesia y de la Cátedra de Pedro no podrán nunca, por más esfuerzos que hagan, alejarlos de Nos, antes bien serán combatidos erudamente por ellos; pero lo que nunca conseguirá un error manifiesto, es posible que llegue á alcanzarlo esa corriente de opiniones perniciosas. Advertid, pues, Venerable Hermano, á los miembros de la Asociación católica, que en las numerosas ocasiones en que Nos hemos censurado á los *partidarios de las opiniones liberales*, nunca nos hemos referido, por ser completamente inútil, á los declarados enemigos de la Iglesia, sino, tan sólo, á los que acabamos de designar, los cuales, conservando oculto el virus de los principios liberales, con que se han amamantado, y so pretexto de que no está impregnado de una malicia manifiesta, y de no ser, según ellos, nocivo á la religión; lo inoculan fácilmente en el cuerpo social, y propagan, de esta suerte, las semillas de esas revoluciones, que, desde hace tiempo, estremecen al mundo entero.

»Si los asociados evitan cuidadosamente el caer en estos lazos, y dirigen todas sus fuerzas contra tan insidioso enemigo, ciertamente que prestarán un servicio á la religión y á la patria. Y conseguirán este fin, si, persistiendo en su resolución, no se dejan arrastrar por otro viento de doctrina, que por el que sale de esta Cátedra de verdad. Presagiamos

á tan alta empresa un feliz resultado; y, entre tanto, como testimonio de la divina gracia, y como prenda de nuestra particular benevolencia, os concedemos de todo corazón la bendición apostólica, á Vos, Venerable Hermano, á todos los miembros de la Asociación católica y á toda vuestra diócesis.

»Dado en Roma, en San Pedro, en 28 de junio del año 1873, vigésimo octavo de nuestro Pontificado.

»PIO IX, PAPA.»

VII.

En los primeros días del año, el *Osservatore Cattolico de Milan* transmitió al Padre Santo, á título de aginaldo de Navidad, la ofrenda de 23,000 francos, con la exposición siguiente:

Beatísimo Padre:

Vuestros devotísimos hijos, redactores del *Osservatore Cattolico*, diario de Milan, en unión con los ilustres representantes de la *Sociedad de la Juventud católica italiana*, tienen la honra de poner á Vuestros piés santísimos—acompañándola de los más sinceros deseos para el año que empieza—la suma de veinte y tres mil francos, recogidos, como ofrenda al óbolo de San Pedro, entre un considerable número de católicos, especialmente de la Lombardia, cuya suma se os entrega como aginaldo de Navidad.

Con este motivo, os reiteran, Beatísimo Padre, sus senti-

mientos de profundo afecto, y sus votos ardentísimos para que Vos podáis, otra vez, y sin retardo, recobrar la plena posesión de todos vuestros derechos de Pontífice y de Rey. A conseguir este objeto consagran ellos sus pobres trabajos, y para que sus esfuerzos sean eficaces, dignaos, Padre Santo, bendecirles y alentarlos.

Cuando en la Francia católica se levantó una voz—la voz tan autorizada de Su Eminentísima el cardenal Hipólito Guibert, arzobispo de París—en vuestra defensa y la de la Santa Sede, el *Osservatore Cattolico* se apresuró á hacerse eco de esta voz, reproduciendo la pastoral venerada del eminente Prelado: esto le bastó para merecer una severa condenación de parte de este mismo Gobierno, que os retiene prisionero, y que arrebatá á los Obispos hasta la libertad de enseñar. Por este motivo el mismo Cardenal arzobispo de París, y los Obispos de Lombardia, acudieron en nuestro auxilio con generosos subsidios y preciosísimos auxilios.

De la Francia es de donde nos vienen también las teorías peligrosas de conciliación entre Cristo y Belial, entre el Catolicismo y el Liberalismo, teorías funestas,—por cuyas falaces apariencias muchos de nuestros cohermanos se han dejado seducir, hasta el punto de predicar la intervención en las elecciones, no obstante vuestras declaraciones explícitas y reiteradas: *non licet*. El *Osservatore Cattolico* no ha cesado de consagrar todas sus fuerzas, cualesquiera que ellas sean, á desenmascarar el error, y á combatir al enemigo, aunque le constase que le sería preciso afrontar la enemiga de parte de ciertas personas, y aun de ciertos cohermanos, que se dejan arrastrar á la peligrosa senda de las transaccio-

nes por un espíritu de falsa caridad y por una prudencia enteramente mundana.

Dulce, empero, es sufrir con Vos, por Vos y con Vuestra aprobacion, Maestro infalible de la verdad, Pastor universal, glorioso Mártir de la revolucion diabólica que trastorna toda la sociedad cristiana. Vuestros hijos, abajo firmados, prometen estar con Vos, siempre, y en todos los lugares á donde iros plazca, mientras que, arrodillados, os piden con toda humildad Vuestra bendicion apostólica para ellos, y para todos los que han contribuido, segun sus intenciones especiales.

Milan, 7 de enero 1875.

El Santo Padre se dignó contestar con el siguiente

BREVE de nuestro santísimo padre el papa Pío IX á los directores y redactores del periódico «El Osservatore Cattolico» de Milan y á la Sociedad de la Juventud católica de la misma ciudad.

Queridos hijos, salud y bendicion apostólica.

El don que Nos hemos recibido de vosotros, queridos hijos, y de la excelente Sociedad de la juventud católica milanesa, don formado por un considerable número de ténues ofrendas, Nos ha manifestado claramente el número considerable de fieles que, participando de vuestros mismos sentimientos, se adhieren con toda devocion y sinceridad á las doctrinas de esta Santa Sede que vosotros profesais y enseñais.

El don, empero, es para Nos más valioso y apreciable por

dos motivos: primero, porque la fé de los que lo ofrecen brilla con una luz tanto más viva, cuanto que se conserva pura y más firme *en medio de los SECTARIOS de esas opiniones* á que habeis aludido, y con las cuales, *en su deseo de UNA FALSA Y REPROBABLE CONCILIACION*, se esfuerzan en confundir la luz con las tinieblas, Cristo con Belial; y segundo, porque Nos vemos vuestra laudable constancia en mantener la fé y propagarla, á pesar de las trabas que encontráis, y que experimentais la hostilidad de los poderosos, os veais algunas veces oprimidos, frecuentemente combatidos, y tengais á cada paso que luchar contra las mismas personas que debieran aplaudiros y sostener Nuestra doctrina que vosotros difundis y enseñais.

Acordaos, mis queridos hijos, que tal ha sido siempre el destino de cuantos han combatido por la verdad y por la justicia, y acordaos tambien que sus esfuerzos no han sido nunca vanos ni inútiles, sino que han terminado siempre por triunfar.

Continuad, pues, sin temor alguno la empresa que habeis acometido, por escabrosa, peligrosa y aun ingrata que sea; porque habiéndoos consagrado á la defensa de la causa de Dios, de la Iglesia y de la justicia, apoyados en la autoridad infalible de esta Cátedra de Pedro, para instruir y socorrer al prójimo, aun cuando no tengais hasta el presente motivos para regocijaros de un gran resultado espiritual de vuestros afanes, ciertamente nadie podrá impedir que Dios os dé una gran recompensa por vuestra obra.

Nos deseamos que esta recompensa sea la más preciosa; y como augurio de este celestial favor, y al mismo tiempo

para manifestaros Nuestra gratitud y Nuestra benevolencia paternal, Nos os damos de todo corazón, queridos hijos, á vosotros, y á toda la Sociedad de la Juventud católica milanesa, Nuestra bendición Apostólica.

Dado en Roma, en San Pedro, á 14 de enero 1875, el año vigésimo nono de Nuestro Pontificado.

(*Journal de Florence*, 20 de enero 1875.)

Son tantos los documentos que tenemos á la vista, condenatorios todos del catolicismo-liberal, que podríamos llenar con ellos todo este volumen, pero el asunto es demasiado importante, y si bien no queremos abusar de la paciencia del lector, nos parece oportuno despues de haberle hecho oír la voz autorizadísima del Jefe supremo de la Iglesia, el darle á saborear la doctrina contenida en las dos siguientes cartas. Léanse con detenimiento y muy especialmente el final de la primera. Dicen así:

LA FRANCMASONERÍA Y LOS CATÓLICOS-LIBERALES.

I.

A. M. Juan Estéban de Camille,
Director del *Journal de Florence*.

Muy Sr. mío :

Permitidme analizar algunos capitulos de un libro muy poco conocido. Me refiero á la *Franc-Masonería* y la *Revo-*

lucion, libro que el P. Gautrelet, de la Compañía de Jesús, publicó en Lyon, librería de Briday, en 1872.

Las cincuenta y seis cartas que componen dicho libro, es probable que ocupan ya un lugar distinguido en la biblioteca del más terrible adversario de las Sociedades secretas; pero, indudablemente, el mayor número de vuestros actores no tienen siquiera la menor noticia de su existencia. Para éstos, pues, voy á hacer un resúmen de ellas, porque, á mi juicio, importa mucho que sean conocidas, á fin de que, cuantos puedan, procuren adquirirlas, estudiarlas, y propagar las verdades trascendentales que contienen.

Vos conocéis, mucho mejor que yo, el enemigo que nos asedia por todas partes: la Revolución. Inspirada por el espíritu de Satanás, sabe, como éste, ajustarse todos los trajes, y hablar todos los idiomas, para aumentar el número de sus víctimas. A un siglo atrófico, que teme las sacudidas, le predica la moderación; y gracias á esta péfida máscara, su programa religioso se populariza, y concluye por seducir á las almas naturalmente rectas. Dios me libre de querer aquí incoar un proceso injusto; pero séame lícito decir que el liberalismo es hijo legítimo de la Revolución (1).

(1) La secta engendra el liberalismo, y el liberalismo engendra la revolución en el orden moral é intelectual, y las revoluciones en el orden político. Pero hablar del liberalismo y de la revolución, sin sobrentender la secta, y por la secta, Satanás, equivale á hablar de la verdad, sin sobrentender á Dios. El liberalismo es efecto, no causa. En mi historia he probado, que la revolución de Inglaterra, y la de 89, ambas fueron obra de la secta; he referido en ella las intrigas de Cromwell, y de Felipe Ignatid; he indicado el nombre de la calle, donde el Franc-Mason inglés reunía los adeptos al rededor del templo de Salomón, y he descrito el papel que representó el Gran Oriente de Paris en la tragedia del 93. El liberalismo inglés, y el liberalismo francés, transformado despues en liberalismo universal, nacieron de la secta; sin la Franc-Masonería, este liberalismo no existiría, y no se hubieran verificado las dos grandes revoluciones de los siglos XVI y XVII. (*V. Storia de la secta antierisitana.*) J. E. de C.

Si mi requisitoria os pareciera todavía indirecta, os ruego que tengais á bien leer al padre Gautrelet.

«Por la palabra liberalismo, dice ese sabio escritor, entendemos el sistema doctrinal, que, en punto á religion y política, favorece la licencia, so pretexto de defender la libertad.

«Disminuir la autoridad del que manda, y alentar la independencia del que obedece; rebajar al superior, y si es posible emancipar al súbdito; por temor de la tiranía aminorar el poder, ya que no se pueda destruirlo enteramente; tal parece ser la gran preocupacion, el objetivo final del liberalismo.» (Pág. 263.)

A mi juicio no puede darse una definicion del liberalismo más lógica ni teológica que la precedente, y contra la cual ningún publicista católico puede protestar; pero no basta definirlo, es necesario indicar además lo que es bueno y lo que es malo. Escuchad la condenacion de este fatal error: este venerable religioso la traza con mano maestra.

«El liberalismo es un sistema fatal, que, so pretexto de evitar la opresion, fomenta la rebeldia, y por el deseo de aligerar el yugo de la obediencia y de la sumision, tiende á suprimir ambas cosas completamente.»

Un error tan grave y sutil no puede ménos de tener su forma dogmática; héla aquí:

«Este liberalismo, dice el padre Gautrelet, está formulado en los grandes principios del 89; principios que muchas personas ponderan sin conocerlos, y que han sido para la Francia y para la Europa el manantial fecundo de incalculables males.» (1)

(1) Si se consulta mi obra se verá que los principios del 89 son la antitesis de los

Ahora que conocemos ya el liberalismo, sus fórmulas y efectos funestos, importa analizarlo con sus menores detalles.

Vos lo sabeis mejor que yo, señor; ese error preconiza tres principios:

La libertad de pensar.

La libertad de cultos.

La libertad de imprenta.

Hé aquí la opinion del reverendo padre Gautrelet acerca de este terrible veneno:

«La libertad de pensar quiere decir, no el poder radical, que no se puede arrebatár al hombre, sino el derecho de rechazar la revelacion, el derecho de no creer nada, ó de no creer sino lo que se le antoja, de emanciparse de la autoridad de la Iglesia, aunque sea hijo suyo por el bautismo. La libertad de pensar, entendida de esta suerte, es el sepulcro de la fé.»

No se muestra más indulgente el padre jesuita con relacion á la libertad de cultos. Escuchémosle:

«La libertad de cultos reconoce por principio el indiferentismo religioso. Esta libertad se jacta de aplicar el mismo nivel á todas las religiones, esto es, de considerarlas todas como igualmente verdaderas, igualmente respetables, aunque se rechacen y anatematicen reciprocamente, ó, al con-

principios cristianos, y que la secta los ha dado á luz para completar su obra de seducion sobre el género humano. Multitud de personas que no quisieran marchar bajo el estandarte de Satanás se alistan bajo el de los principios del 89, adornada con corbatas de progreso, de exigencias de los tiempos, etc. Esas personas combaten á Cristo, pero sin sospechar siquiera que estén al servicio del Anticristo.

trario, como igualmente falsas y despreciables. La libertad de cultos es el menosprecio de todos los cultos y la negación de toda religión.»

La libertad de imprenta no sale mejor librada de las manos del sabio religioso :

«Es el derecho concedido al error, á la mentira, á la impiedad y á todas las pasiones de combatir á la verdad y á la virtud, de socavar los fundamentos de toda sociedad ; es el derecho de pregonar, de vender, distribuir, debiera decir de propinar el veneno á todas las clases sociales ; es el de atacar ó de destruir en las almas todo derecho religioso, todo sentimiento moral, toda idea de orden, de justicia y de honradez.»

Me direis tal vez : este preámbulo anuncia la historia del liberalismo, pero no la de la francmasonería ; hé aqui mi respuesta : como lógico experimentado, el reverendo padre Gautrelet se ha remontado del efecto á la causa, de la consecuencia á los principios, y por un encadenamiento muy fácil de comprender ha demostrado histórica y doctrinalmente que las perturbaciones sociales y dogmáticas podían con pleno derecho reconocer por madre á la francmasonería, cuya genealogía habeis vos trazado con mano maestra. Y permitidme ahora que os presente una deducción que luego trataré de justificar. ¿Sería imprudente añadir que si todos los liberales no son francmasones, profesan, cuando ménos implícitamente, las doctrinas que conducen á la francmasonería, *esto* engendrando *aquello*? He previsto la dificultad que, si no vos, al ménos otros, van á proponerme. Se dirá :—hay liberales y liberales.

¡Ah, es verdad! y los ménos malos son los más inconsecuentes. Dejo la palabra al reverendo padre Sambin, de la Compañía de Jesús, para ilustrar la cuestion.

«Al lado del liberalismo (el que acabamos de definir) hay otro, que llamamos moderado. Para los liberales moderados la Iglesia y el Estado forman dos sociedades distintas y separadas de todo punto, perfectamente libres é independientes, cada una en el círculo de su propio dominio ; separacion que expresan por la fórmula : *La Iglesia libre en el Estado libre*. En su sentir el fin del Estado no debe subordinarse al fin de la Iglesia, ni debe tener en cuenta para nada la religion de sus súbditos. A lo más en beneficio de la tranquilidad podrá el Estado sobre ciertos puntos hacer convenios ó concordatos libres con la Iglesia, tratando de igual á igual ; pero la Iglesia no debe gozar de derecho público, propiamente dicho ; como sociedad puramente espiritual, debe quedar encerrada en el círculo de la conciencia interior de cada uno, pues en lo exterior no debe gozar sino del derecho individual.

«Ahora bien, añade el padre Sambin : ciertos católicos han adoptado ese liberalismo, y han tomado el nombre de católicos-liberales... Tal sistema es enteramente falso, conduce á la negacion de principios que debemos creer, si no queremos abandonar la fé.» (*Hist. del Conc. del Vatic.* 1870.)

Después de una condenacion tan formal del matiz más moderado de la escuela liberal, ¿no tendremos el derecho de llamar obreros inconscientes de la francmasonería á esa última categoria de hombres?

A fines del siglo último llamó la atencion de nuestros

padres cierta clase de pensadores que se llamaron filósofos; en pos de ellos una multitud de grandes señores se disfrazaron con la calificación de economistas, de reformadores, y fueron creídos; con la ayuda de la francmasonería y de la corrupción divinizaron al impuro cantor de la *Doncella de Orleans* (Voltaire), y ofrecieron hospitalidad al miserable autor del *Emilio*. Todo esto se hizo de moda: se cantó en todos los tonos la reforma ó las reformas; luego algunos hombres más prácticos trataron de realizar todas las absurdas teorías tan ponderadas, y á poco la *Comision de salvacion pública* envió ordenadamente al cadalso á considerable número de aquellos mismos filósofos, grandes señores, para que allí recibieran el justo premio de sus doctrinas. Y por cierto que todo su liberalismo no fué bastante para inspirar sentimientos de compasion á sus verdugos! Muchos de ellos eran francmasones (1). Hoy día el liberalismo nos ofrece un espectáculo casi análogo, si se exceptúan las violencias. En un campo se encuentran los demoleedores: en otro paralelo están los reformadores, tan generosos como sus predecesores: unos y otros no quieren sino prudentes reformas. ¡Dios quiera que el arma que vibran con tanta imprudencia no les hiera á ellos mismos! La Providencia tiene sus castigos misteriosos, y frecuentemente alcanzan á los que falsean la verdad.

Y ya que estamos en este capítulo, resolvamos una objecion capciosa por demás.

(1) Léase mi obra: *Storia della setta Anticristiana*, cap. IV, intitulado el *Mundo moderno ante la historia*, donde se hallan más pruebas irrecusables de la verdad de esta asercion.

En punto á liberalismo, hay la tésis y la hipótesis.

El católico liberal se irrita, cuando se le acusa de desconocer la tésis, y se guarece detrás de la situacion de los ánimos contemporáneos, que obliga á poner en práctica la hipótesis.

En esta argumentacion hay falta de franqueza, ó á lo ménos hay confusion. Jesucristo es el Rey de las sociedades, lo mismo que de los individuos, y por consiguiente, las sociedades deben obedecer á la ley de Jesucristo, conformar sus propias leyes á las suyas, defender sus derechos y los de la Iglesia, contra los ataques de la impiedad, del mismo modo que ellas defienden los derechos de sus magistrados y los del último ciudadano, contra los ataques de la injusticia.

Hé aqui la tésis, la cual es absoluta, general, con abstraccion de tal ó cual sociedad. Su comentario oficial y completo lo tenemos en la Enciclica: *Quanta cura*.

Que en una sociedad que de hecho se ha constituido fuera de la autoridad de Jesucristo, el poder civil debe tolerar, en cierta medida, la negacion de la verdad, hé aqui la hipótesis. Pero hay que guardarse de considerar esta situacion como un ideal, del cual no debemos apartarnos poco ni mucho.

Dispensadme, os ruego, que haya insistido tanto sobre ese punto; mas he creído importante estudiar á fondo un error, que ahonda sus raíces en la Francmasonería, con la diferencia que, entre los últimos rebeldes, hay rebeldia premeditada, y entre los que no se someten, la revuelta es más inconsciente.

Para comprender todas las ruinas amontonadas por los liberales, basta con leer las cartas 43 y 44 del P. Gautrelet. Por ellas se verá, que todos los corifeos de la revolución de 1830 eran francmasones, y que todos se gloriaban de pertenecer á la opinion liberal. M. Eckert refiere, que los jefes de la revolución de 1848 eran jefes de las lógiás parisienses (1).

La carta 40 contiene una circular de la Venta suprema á todas las Ventas subordinadas suyas, que merece llamar la atencion, atendido á que en ella se indica el medio de dominar á la Iglesia.

«Lo que nosotros debemos pedir, dice, lo que debemos buscar y aguardar, del mismo modo que los judíos aguardan al Mesías, es un Papa, que quiera atender á nuestras necesidades; pues bien, para asegurarnos un Papa, que reuna

(1) En 1848 me hallaba en Paris, y si bien entonces era yo casi niño, la Providencia me proporcionó los medios de conocer el importante papel que representó la Masonería en la revolución de febrero. Los *ciudadanos* Ledru-Rollin, Flocon, Alberto y Cremieux la representaban ostensiblemente; los verdaderos jefes, empero, no se mostraron, conforme á los hábitos inveterados de la secta. Luis Felipe, no obstante de ser francmasón, fué derribado por la Masonería. En la noche del 27 ó 28 de febrero—no recuerdo exactamente la fecha—hallándome en el *Hôtel-de-Ville* (Casa consistorial), donde se estableció el nuevo Gobierno, vi en una de sus salas á un hombre con blusa, ya borracho, pero que continuaba bebiendo. Pregunté yo, entonces, qué hacia allí aquel zamborotado, en el palacio de la Libertad, de la Igualdad y de la Fraternidad. Y me respondió la persona á la cual me dirigí casualmente: Bájad la voz: es uno de los jefes de la Masonería, y á quien se debe la victoria.—Regla general: cuando los francmasones llegan al poder, las Logias se dividen en dos campos, el campo de los estómagos satisfechos, y el de los estómagos vacíos. Los últimos conspiran contra los primeros y hasta los asesinan, si es necesario. En seguida ocupan el lugar de éstos; mas vienen otros estómagos vacíos, que los derriban á su vez y así sucesivamente, sin llegar nunca al fin. Los *profanos* (como nos llaman los sectarios) nada comprenden de lo que están viendo aterrorizados; pero subyugados por los sendo-principios de la secta y por el espejo del mundo moderno, dejan hacer, y no aciertan á tomar ninguna resolución digna del mundo cristiano, que es el mundo eterno.

las condiciones requeridas, hay que prepararle, desde luego, una generacion digna del reinado que apetecemos.

«En suma, para trasformar al clero, la accion debe ser lenta, prudente, paciente, sin exageracion; es preciso sobre todo seducir y no espantar: infundir en el espíritu de los jóvenes sacerdotes la doctrina liberal en dosis infinitesimales; disfrazarla bajo las apariencias del patriotismo, que exalta á las almas generosas. Entonces, poco á poco, el catolicismo acabará por transigir con la revolución (1).»

No cabe la menor duda, que las promesas hechas á la Iglesia por su divino Fundador, harán siempre abortar ese plan satánico; empero, no siendo esas promesas aplicables á cada fiel en particular debemos desconfiar del virus liberal, como del veneno mas sutil.

Así es, que el R. P. Ramière tuvo mil veces razon, cuando en el *Messageur du Cœur de Jesus*, se expresaba en estos términos:

«El liberalismo católico «es una peste perniciosísima.»

(1) Este programa—difundido en Italia por una circular de José Mazzini—fué desarrollado y practicado en 1846, despues de la muerte del papa Gregorio XVI. A este propósito, el apóstol italiano del Carbonarismo habia reunido toda su corte en 1854 en Suiza; y allí fundó la *Jóven Europa*, de acuerdo con los representantes de la Masonería francesa, italiana, alemana y polaca: habia preparado los espíritus para la monstruosa guerra contra el Sonderbund, primer ensayo de las fuerzas sectarias, despues de la revolución de 1830. Luis Felipe, que conocía perfectamente á la secta, apercibió el peligro, y quiso acudir en auxilio del derecho y de la justicia, representadas por los cantones separados; mas la cobardía de Metternich, que se denegó á secundarle, no le permitió efectuar su designio. La victoria de los cuerpos francos contra el Sonderbund fué la señal del trastorno universal de Europa. En 1848, la secta salió de sus Logias, y tomó posesión del mundo: el mismo Mazzini lo anunció en una carta á Gioberti, cuyo resumen es el siguiente: Ya no tenemos necesidad de simbolos ni de alegorías: ha llegado la hora de arrojar la máscara, y marchar vía recta á nuestro objeto: apoderémonos de los tronos, subamos al Capitolio, hollémos con nuestros pies la cruz y las coronas; que desaparezca el culto de Cristo, y ceda el lugar al culto del demonio.

Esto es, una enfermedad mortal, porque es un error muy grave contra una gran verdad revelada.

»El liberalismo «es una peste perniciosísima,» porque extendiéndose por todas partes, infiltra por donde quiera el virus de las doctrinas protestantes y revolucionarias.

»El liberalismo «es una peste perniciosísima,» por sus tendencias, y sobre todo, porque en donde hace más estragos, es en las filas de la juventud católica.

»El liberalismo «es una peste perniciosísima,» porque debilita y paraliza á los defensores de la Iglesia y del derecho.

»El liberalismo «es una peste perniciosísima,» porque introduce la division entre los católicos y las personas honradas.

»El liberalismo «es una peste perniciosísima,» porque allá donde reina, hace imposible la salvacion de la sociedad.

»El liberalismo católico «es una peste perniciosísima,» porque pone por base de nuestras instituciones públicas algunos principios, cuyas consecuencias extremas, rigurosamente lógicas, finalizan con horrores.

»Finalmente, el liberalismo católico «es una peste perniciosísima,» porque todos los católicos atacados de ella, son por último, quieran que no, los autores de todas las ruinas públicas (1).»

(1) ¡Admirable comentario de las santísimas palabras pronunciadas por Pio IX. «Las verdaderas causas de la ruina de los Estados, más terribles todavía que la Revolución y la Commune, son las máximas perniciosas del Catolicismo liberal.» Aloucion de 20 de setiembre de 1870.

(*Journal de Florence*, 19 de enero de 1875.)

Quizás, señor Director, os sorprenda en gran manera, que mi carta, empezando por un estudio sobre la francmasonería, termine por imprecaciones contra el liberalismo: si bien lo mirais, la incoherencia no es más que aparente; *esto*, voluntaria ó involuntariamente, puede conducir á *aquello*.

Recibid, señor Director, la seguridad de mis respetuosos sentimientos.

EL VIZCONDE GABRIEL DE CHAULNES.

II.

A. M. Juan Estéban de Camille,

Director del *Journal de Florence*.

Permitidme, Señor, que continúe en vuestro apreciable periódico la obra empezada en mi artículo anterior, que lleva por título: *La Franc-Masonería y los católicos liberales*. La mision que me propongo desempeñar, con todas mis fuerzas, es, desemmascarar la secta anticristiana en su influencia exterior, en sus trabajos de seducción; trabajos que prosigue con sus pseudo-principios, y sus falsas doctrinas.

En este dia os pido hospitalidad para el análisis de un artículo del R. Padre Ramière de la Compañía de Jesús, intitulado: *Liberalismo y Cesarismo*, recientemente publicado en los *Estudios religiosos*. (Enero 1875.)

El ilustre director del *Messenger du Sacre-Cœur*, bien conocido del universo católico, indica en dicho artículo la solución que el liberalismo dá á la importante tesis: *Las relaciones de la Iglesia y del Estado*, demostrando, en seguida,

cuán *peligrosa* es esta solución. Vos, pues, no tomaréis á mal, que señale á la atención de nuestros lectores las páginas de un teólogo, cuyo patriotismo no es inferior á su ciencia y pureza de doctrina.

Después de resumir con imparcialidad perfecta y toda claridad las razones aducidas por el liberalismo, el ilustre publicista demuestra la falsedad de esa apología, y rechaza, en nombre de la razón humana, *el divorcio que se trata de establecer entre la teoría y la práctica*. Luego anuncia la siguiente proposición filosófica, que es un arma mortífera:

«¿Para qué servirían los principios, si no tuviesen consecuencias? Lo que es falso especulativamente, no puede ser bueno y justo en práctica. Pues bien, añade, y con razón, nosotros estamos ciertos *à priori*, de que *El Liberalismo, radicalmente erróneo en sus principios, no posee la verdadera fórmula práctica de las relaciones de la sociedad religiosa y de la sociedad civil.*»

Bien á pesar mio, sacrificio, por falta de espacio, esta parte, para seguir paso á paso al Padre Ramière, en la demostración de su importante tesis. Como buen lógico, empieza por definir las expresiones de que se sirve.

En su concepto, la palabra *liberalismo* significa, en general: *la doctrina que proclama la independencia de la libertad humana con respecto á la autoridad Divina, y especialmente en el caso particular de que se trata; el liberalismo significa el sistema que declara á la sociedad civil libre de toda dependencia, con respecto á la autoridad religiosa.*

Hé aquí la definición del Cesarismo, según el Padre Ramière:

El Cesarismo es la teoría, según la cual el Estado, sea presentado por un monarca, ó por una asamblea, eso poco importa, concentra en sí mismo todos los derechos sociales, y se arroja igual supremacía en lo espiritual que en lo temporal. A los ojos de un observador superficial, estas dos definiciones parecen indicar dos corrientes contrarias, dos sistemas opuestos. En efecto, siendo el Liberalismo una exageración de la libertad, y el Cesarismo una exageración de la autoridad, parece que el Liberalismo y el Cesarismo no pueden ser los dos términos de una ecuación; veremos, sin embargo, cuán grande es la afinidad entre estos dos errores.

Conocido es el siguiente axioma geométrico: dos cantidades iguales á una tercera son iguales entre sí; yo creo que cuando se trata del Liberalismo y del Cesarismo puede hacerse un razonamiento análogo. Con efecto; Liberalismo, significa: *rebelión contra Jesucristo, Rey de las sociedades humanas*. Téngase aquí bien entendido, que nosotros no atribuimos á la Iglesia sino un poder *directivo*, y no *directo*. La Iglesia no reclama otro.

El Padre Ramière demuestra en seguida, que la *libertad de la Iglesia* es muy diferente del *Liberalismo*, y que, por el contrario, el *Liberalismo* es en Europa el peor enemigo de esa libertad, y engendra el *Cesarismo*.

Las pruebas de esta tesis las saca, en primer lugar, de los hechos, y luego del desenvolvimiento necesario de las ideas y de las tendencias.

Para demostrar con los hechos la identidad del *liberalismo* y del *cesarismo*, el Padre Ramière revista sucesivamente

los hechos acaecidos en Francia, Italia, Alemania, Bélgica ó Inglaterra, y es preciso confesar que el estudio del espíritu público de esos Estados le da mil veces razon.

Sigamos, pues, esta síntesis, agrupando sus principales argumentos, y subrayando sus conclusiones.

Veamos, en primer lugar, lo que sucedió en Francia. El liberalismo triunfó en Francia, durante la monarquía de Julio, como también, y más de lo que se cree, bajo el segundo Imperio.

Examinemos, desde luego, el balance de la monarquía de Julio, aclamada al grito de «*viva la libertad.*»

Montalembert y Lacordaire fueron llevados ante los tribunales, por haber tomado á la letra el artículo de la Carta que proclama la libertad de enseñanza.

Bajo un régimen de libertad ilimitada de la prensa, los obispos fueron llevados ante el Consejo de Estado por haber defendido en sus pastorales las sanas doctrinas.

Los concilios provinciales fueron absolutamente prohibidos.

Los Jesuitas fueron perseguidos.

No se dejaban publicar los actos pontificios sin el consentimiento del Gobierno.

Y eso ¿qué es, añade con razon el Padre Ramière, «sino puro *Cesarismo?*»

El segundo Imperio mostróse en su origen benévolo con la Iglesia; pero sin dejar de apoyarse en la Revolucion, ó sea, en el Liberalismo.

Bien pronto la Iglesia católica vió estrechar los lazos que se habian momentáneamente aflojado.

Las apelaciones de abuso resucitaron. Coartóse la libertad de enseñanza secundaria con interpretaciones judaicas.

Prohibióse á las Ordenes religiosas el fundar nuevos establecimientos secundarios.

Los Artículos orgánicos del primer Imperio fueron conservados en vigor, á despecho de todas las reclamaciones.

Dos actos odiosos señalan el fin del reinado de Napoleón III: el primero fué ordenar á los obispos, que encerrasen en sus archivos el *immortal Syllabus*; la segunda fué la intervencion oficial del gobierno francés en el Concilio Vaticano, para pesar sobre sus decisiones; el célebre *memorandum* de Daru es un documento diplomático, que figurará en la historia contemporánea. Aquí nos creemos en derecho de repetir la frase del padre Ramière: «Y eso ¿qué es, sino puro *Cesarismo?*»

De la Francia, pasemos á Italia; la transicion es natural. Si el *liberalismo* es un error esencialmente francés, preciso es confesar que su importacion en la península no ha sido difícil.

Quien dice *liberalismo italiano*, dice Cavour; y el nombre de Cavour se personifica en la célebre fórmula «*La Iglesia libre en el Estado libre.*» fórmula robada á Montalembert.

Hé aquí en qué términos el sabio Jesuita traduce la fórmula Cavuriana:

Supresion del Concordato, y violacion de la fé jurada al Papa.

Destruccion de las Ordenes religiosas.

Despojo de sus bienes.

Confiscacion de las propiedades eclesiásticas.

Abolicion de las inmunidades eclesiásticas solemnemente garantidas á los miembros del clero.

Destierro de ilustres obispos por haber llenado su deber.

Centenares de iglesias dejadas sin pastor. Y, en conclusion, el Jefe de la Iglesia Católica tratado como Jesucristo en la prision del Vaticano !!

Una vez más: «¿Qué es eso, sino puro Cesarismo?»

Al pronunciar esta última palabra, nuestro espíritu se traslada á Alemania, y el nombre de Bismark viene necesariamente á nuestros labios.

En su origen, la idea cesariana se hermanaba, en el espíritu del Canciller prusiano, con el principio cristiano de autoridad, cuya tradicion se vanagloriaba de conservar la aristocracia prusiana. En presencia de Bismark, se levantaba, como contrario, el partido nacional liberal. Entonces hubo una lucha encarnizada, un duelo, entre el tolerante alemán y la idea liberal, sostenida por la franc-masonería; pues cuando se ahonda un poco el liberalismo, descúbrense siempre la accion subterránea de la franc-masonería: pero vino un día, en 1866, que el Cesarismo alemán hizo la paz con el Liberalismo, y el resultado de esta union debía ser el aniquilamiento del poder austriaco que, en Europa, representaba, á lo ménos imperfectamente, la autoridad monárquica.

El padre Ramière halla, que este tratado de paz era perfectamente lógico. ¿Sabeis el por qué?

Hélo aquí: el fondo del cesarismo no es más que la aspiracion á una autoridad sin limites. Es la limitacion de la accion divina sobre las sociedades humanas.

El fondo del liberalismo es la negacion de la autoridad de Dios y la afirmacion de la supremacia absoluta del Estado. Si los elementos accesorios de esas dos corrientes parecen contradictorios, una aspiracion comun debía aproximarlas: *la rebelion contra la autoridad divina.*

Conocidas son las hazañas del Canciller alemán. Una vez hecho el convenio, no hay para qué enumerar los Obispos que fueron reducidos á prision, los sacerdotes maltratados ó insultados, las leyes, por fin, dictadas contra los católicos. El Canciller alemán ha declarado la guerra al catolicismo, y lo persigue con encarnizamiento sin igual.

Otra vez más: «¿Qué es eso, sino puro Cesarismo?»

El cesarismo no es siempre el abuso de autoridad por un gobierno monárquico, como lo demuestra la persecucion suiza.

Allí el cesarismo se guarece detrás de una república dominada por ambiciosos vulgares. Esos tiranos, que se proponen imitar á Bismark, declaran la guerra á la esposa de Jesucristo, cambian la organizacion de la Iglesia católica, dan á los fieles, en la eleccion de sus pastores, un derecho, que los fieles rechazan, y prescriben á los sacerdotes un juramento, que equivale á la apostasia.

A los rebaños les imponen pastores, que son la escoria del clero católico. Ved ahí los procederes de una república, que á los ojos de la Europa se gloria de ser el suelo donde florecen mayor suma de libertades:

«¿Qué es eso, sino puro Cesarismo?»

«En Bélgica,» dice el padre Ramière, «el liberalismo no está en el poder, y por lo mismo, muéstrase más reservado;

pero su afinidad con el cesarismo es tan estrecha, que le es imposible ocultar su admiracion por lo que se hace en Berlin y en Ginebra.» Para probar su aserto, el sabio Jesuita nos cita esta reflexion, tomada de la *Revista Belga* :

«La mayor parte de los hombres politicos que rechazan *actualmente* el ejemplo del liberalismo suizo y aleman, no lo hacen *sino* porque esperan hallar en una separacion más completa de la Iglesia y del Estado un remedio suficiente á los peligros de nuestra situacion ; así es que *generalmente*, añaden, si esta separacion no produjera los resultados apetecidos, esto es, la *secularizacion de la enseñanza*, á pesar de la *supresion del presupuesto de cultos*, y si el clericalismo continuase invadiéndolo todo en la vida privada, *entonces no titubearian en recurrir á la lucha, único medio para salvar la sociedad enferma.*»

Y si esa cita de las palabras de M. Laveleye no bastase, podriamos completarla con este pasaje de la *Independencia Belga* :

«La protesta del episcopado aleman contra las leyes prusianas, calificadas de sacrilegas y de destructivas de todo orden moral y de toda religion, no queda, segun el derecho aleman, justificada en manera alguna... Las resistencias sediciosas, las demostraciones absurdas, los clamores insensatos de que el partido clerical da ejemplo en Prusia, no turban el reposo de las conciencias católicas en el Wurtemberg. Esto es para Alemania la mejor justificacion de la nueva legislacion prusiana.»

Este extraño lenguaje ¿no es la *glorificacion del Cesarismo* ?

El cesarismo tiene tambien su personificacion en Inglaterra. Todo el mundo recuerda el extraño folleto que el *Leader* del partido liberal, Gladstone, acaba de publicar. Ese libro ponzoñoso ¿no da á entender que los decretos del Vaticano y el *Syllabus* son la justificacion de las medidas tiránicas de M. de Bismark? ¿Y por qué esta declaracion de guerra por parte de un hombre de Estado inglés que hasta aqui habia demostrado cierta benevolencia hácia la religion de sus compatriotas católicos? Porque Roma ha condenado el liberalismo. Se ve, pues, que en Inglaterra, como en el continente, el cesarismo no titubea en dar la mano al liberalismo, cuando se trata de batir en brecha al catolicismo.

Aqui me detengo, señor Director, para sacar conclusiones prácticas.

Estas conclusiones hélas aqui :

Nada es ménos favorable á la libertad *dada por Dios* que el *liberalismo*, porque, como lo hemos demostrado, el *liberalismo* y el *cesarismo* tienen afinidades que los une el uno al otro. Son la falsificacion de dos principios legítimos y cristianos : la autoridad y la libertad. Esa falsificacion nos viene de la secta anticristiana y de Lucifer que la inspira. En efecto, nosotros no la vemos aparecer sino en la idolatria de la era pagana y en el mundo moderno, en donde los francmasones ocultan hoy los misterios de la demonolatria.

El reverendo padre Félix, ilustre predicador en Nuestra Señora de Paris, os da mil veces la razon, señor Director, cuando en los *Estudios religiosos* (enero 1872) dijo lo mismo que vos nos repetis con tanta frecuencia en otros términos en el *Journal de Florence*.

«¿Cómo, por último, no reconocer plenamente la evidencia, de que la palabra *Liberalismo* es, en *sentido católico*, una palabra anatematizada, y que debe abandonarse á nuestros adversarios? ¿Quién no vé que hoy día, sobre todo, en el comercio de las ideas, y en particular de las ideas religiosas, esa palabra *liberalismo* es una *moneda de mala ley, una muestra engañosa, y una palabra de sonido falso?*»

Cierro mi carta con esa magistral condenacion, rogándoos, señor Director, os dignéis creerme.

Vuestro afectisimo servidor,

VTE. GABRIEL DE CHAULNES.

(*Journal de Florence*, 30 de enero 1875.)

Nuestros lectores nos agradecerán que les hayamos dado á conocer los importantísimos documentos que se han insertado, los que nos han sido suministrados por la *Suma filosófica del siglo XIX*, vasto arsenal en el que el piadoso y erudito conde de Peñalver ha reunido cuanto se ha escrito de más notable en condenacion de las modernas enseñanzas, así por los Sumos Pontífices, como por los más notables publicistas católicos, trabajo de un mérito extraordinario, dirigido á combatir las funestas teorías que, por desgracia, tanto vuelo han tomado en la época que atravesamos, y á disipar la ignorancia de muchos que se han dejado seducir.

En cuanto al liberalismo-católico, que hemos procurado desenmascarar, ¿quién se atreverá á defenderle hoy despues de las solemnes condenaciones de la Iglesia que se han lei-

do? El que tal haga no está con Pedro que nos ha hablado por boca de Pio IX, y el que no está con Pedro, no está con Cristo ni con su Iglesia, y ha padecido naufragio en la fe.

III.

La bula «Quanta cura» y el «Syllabus.»

Al hablar de los errores del siglo XIX, no es posible prescindir de presentar aquí los documentos indicados á la cabeza de este párrafo, porque ellos envuelven su más solemne condenacion. Pio IX en 8 de diciembre de 1864, habló, dirigiéndose sin el menor temor á las potestades de la tierra, á todos los que son y se llaman católicos. Su voz estremeció al infierno y espantó á la Revolucion. Lo que se llama *civilización moderna* puso el grito en el cielo, porque el sucesor de Pedro ponía un dique al mal y se proponía salvar al universo. Hé aquí estos documentos, dignos de ser grabados en el bronce con letras de oro. A todos obliga é interesa su lectura.

ENCÍCLICA

DEL 8 DICIEMBRE 1864.

A todos nuestros venerables hermanos los Patriarcas, Primados, Arzobispos y Obispos, que se hallan en gracia y comunión con la Sede Apostólica.

PIO IX, PAPA.

Venerables Hermanos : Salud y bendición apostólica.

Todos saben, todos ven, y vosotros como nadie, Venerables Hermanos, sabéis y veis, con qué solicitud y con qué pastoral vigilancia los Pontífices romanos, nuestros predecesores, han llenado el ministerio y han cumplido con el

Venerabilibus fratribus Patriarchis, Primatibus, Archiepiscopis, et Episcopis universis gratiam et communionem Apostolicæ Sedis habentibus.

PIUS PP. IX.

Venerabiles Fratres, salutem et apostolicam benedictionem.

Quanta cura ac pastoralis vigilantia Romani Pontifices Prædecessores Nostri, exsequentes mandatam sibi ab ipso Christo Domino in persona Beatissimi Petri Apostolorum

deber que les fué confiado por el mismo Jesuista, en la persona del bienaventurado Pedro, príncipe de los Apóstoles, de apacentar á los corderos y á las ovejas : de tal suerte, que nunca han cesado de alimentar cuidadosamente con las palabras de la fé, de imbuir en la doctrina de salvacion á todo el rebaño del Señor, apartándole de los pastos envenenados. Y en efecto, nuestros mismos predecesores, guardadores y vindicadores de la augusta religion católica, de la verdad y de la justicia, llenos de solicitud por la salvacion de las almas, nada han apetecido nunca tanto, como el descubrir y condenar con sus sapientísimas Letras y Constituciones, todas las herejías y todos los errores que, contrarios á nuestra fé divina, á la doctrina de la Iglesia católica, á la honestidad de las costumbres y á la salvacion eterna de las almas, excitaron frecuentemente violentas tempestades,

Principis officium, munusque pascendi agnos et oves, nunquam intermiserint universum Dominicum gregem sedulo enutrire verbis fidei, ac salutari doctrina imbuere, eumque ab venenatis pascuis arcere, omnibus quidem ac Vobis præsertim compertum, exploratumque est, Venerabiles Fratres. Et sane iidem Decessores Nostri, augustæ catholicæ religionis, veritatis ac justitiæ assertores et vindices, de animarum salute maxime solliciti, nihil potius unquam habuere, quam sapientissimis suis Litteris et Constitutionibus retogere et damnare omnes hæreses et errores, qui divinæ Fidei nostræ, catholicæ Ecclesiæ doctrinæ, morum honestati ac sempiternæ hominum salutis adversi, graves frequenter excitarunt tempestates, et christianam civi-